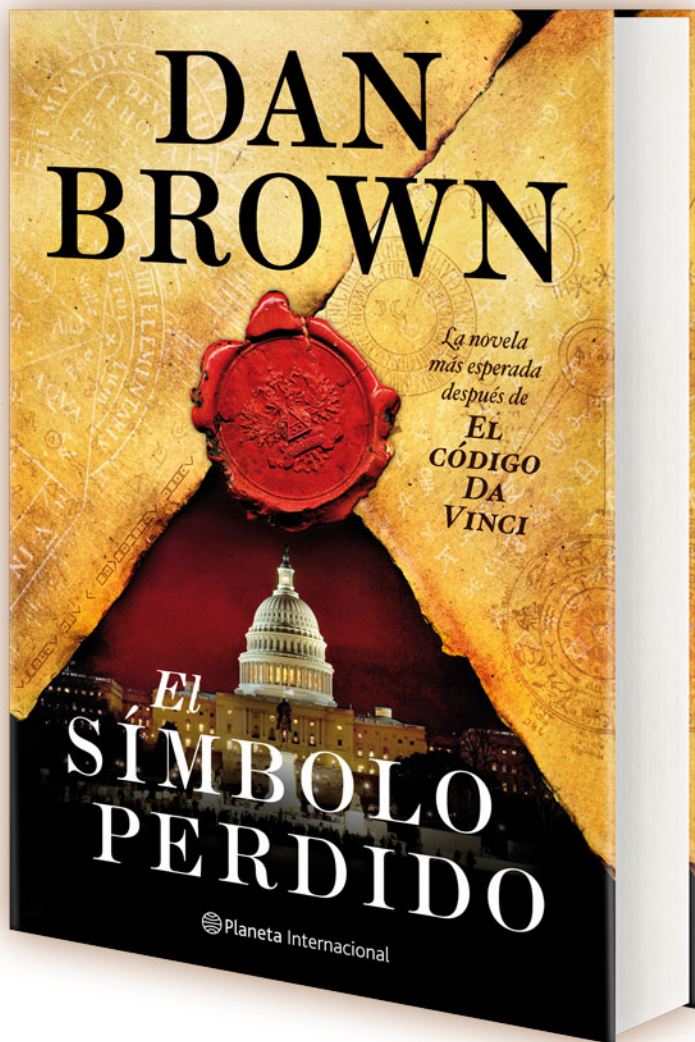


1er. y 2º Capítulos

EL SÍMBOLO PERDIDO

Dan Brown



La novela más esperada después de *EL CÓDIGO DA VINCI*

Dan Brown

EL SÍMBOLO PERDIDO

Traducción de

Claudia Conde, M.^a José Díez y Aleix Montoto

 Planeta

Los hechos

En 1991, el director de la CIA ocultó un documento en su caja fuerte. Hoy en día el documento todavía permanece allí dentro. En su críptico texto hay referencias a un antiguo portal y a una desconocida ubicación subterránea. El documento también contiene la frase «Está enterrado ahí fuera, en algún lugar».

Todas las organizaciones que se mencionan en esta novela existen, incluidos los francmasones, el Colegio Invisible, la Oficina de Seguridad, el SMSC y el Instituto de Ciencias Noéticas.

Todos los rituales, la ciencia, el material gráfico y los monumentos que aparecen son también reales.

Prólogo

Casa del Templo
20.33 horas

«El secreto es cómo morir.»

Desde el principio de los tiempos, el secreto había sido siempre cómo morir.

El iniciado de treinta y cuatro años bajó la mirada hacia el cráneo humano que sostenía en las palmas de sus manos. Era un cráneo hueco, como un cuenco, lleno de un vino rojo sangre.

«Bébetelo –se dijo–. No tienes nada que temer.»

Tal y como era tradición, había comenzado ese viaje ataviado con la vestimenta ritual de los herejes medievales que conducían al cadalso: la camisa abierta para dejar el pálido pecho al desnudo, la pernera izquierda del pantalón enrollada hasta la rodilla y la manga derecha remangada hasta el codo. Además, una gruesa soga alrededor del cuello: el «cable de remolque», lo llamaban los hermanos. Esa noche, sin embargo, al igual que los demás hermanos presentes, iba vestido de maestro.

Los hermanos que lo rodeaban iban todos ataviados con el atuendo completo: delantal de piel de cordero, banda y guantes blancos. Alrededor de sus cuellos colgaban joyas ceremoniales que brillaban cual ojos fantasmales en la tenue luz. La mayoría de esos hombres ocupaban posiciones de gran poder en la vida real, y sin embargo el iniciado sabía que

sus rangos mundanos nada significaban dentro de esas paredes. Allí todos los hombres eran iguales, hermanos jurados que compartían un lazo místico.

Mientras contemplaba la intimidante asamblea, el iniciado se preguntó quién en el mundo exterior se podría imaginar a ese grupo de hombres congregado en un mismo lugar... O que lo hicieran en *ese* lugar. La sala se asemejaba a un santuario sagrado de la antigüedad.

La verdad, sin embargo, era mucho más extraña.

«Estoy tan sólo a unas manzanas de la Casa Blanca.»

Ese colosal edificio, situado en el número 1733 de Sixteenth Street de Washington, era una réplica de un templo precristiano: el templo del rey Mausolo; el mausoleo original..., un lugar en el que descansar al morir. En la entrada principal, dos esfinges de diecisiete toneladas vigilaban las puertas de bronce. El interior era un ornamentado laberinto de cámaras rituales, pasillos, criptas selladas, bibliotecas e incluso un muro hueco en el que se ocultaban los restos de dos seres humanos. Al iniciado le habían contado que todas y cada una de las salas de ese edificio escondían un secreto, aunque él sabía que ninguna sala contenía secretos más profundos que la gigantesca cámara en la que ahora estaba arrodillado con un cráneo humano en las palmas de las manos.

«La Sala del Templo.»

Esa sala era un cuadrado perfecto. Y cavernoso. El techo se encontraba a unos espectaculares treinta metros de altura y lo sostenían una serie de monolíticas columnas de granito verde. Rodeaba la sala una gradería de asientos de oscuro nogal ruso con piel de cerdo curtida a mano. Un sitial de diez metros de altura dominaba el muro occidental y, en el otro extremo, oculto a la vista, había un órgano de tubos. Los muros eran como un caleidoscopio de símbolos antiguos: egipcios, hebraicos, astronómicos, químicos, y otros todavía desconocidos.

Esa noche, la Sala del Templo estaba iluminada por una serie de cirios cuidadosamente dispuestos. Su tenue resplandor estaba únicamente acompañado por los pálidos rayos de luz de luna que se filtraban por el amplio óculo del techo y que iluminaban la pieza más extraordinaria de la sala: un enorme altar hecho de un sólido bloque de mármol belga, pulido y de color negro, que estaba situado en el centro mismo de la cámara de planta cuadrada.

«El secreto es cómo morir», se recordó el iniciado.

—Ha llegado el momento —susurró una voz.

El iniciado dejó que su mirada se posara sobre la distinguida figura ataviada con una túnica blanca que tenía ante sí. «El venerable maestro.» Ese hombre, de casi sesenta años, era todo un icono norteamericano, muy querido, robusto e incalculablemente rico. Su cabello, antaño oscuro, ya estaba encaneciendo, y su famoso rostro reflejaba una vida de poder y un vigoroso intelecto.

–Haz el juramento –dijo el venerable maestro con una voz suave como la nieve al caer–. Completa tu viaje.

El viaje del iniciado, como el de todos los demás, había comenzado en el primer grado. Aquella noche, en un ritual parecido a ése, el venerable maestro le había tapado los ojos con una venda de terciopelo y, tras colocarle una daga ceremonial sobre el pecho desnudo, le había preguntado:

–¿Juras solemnemente por tu honor, sin estar influenciado por motivo mercenario o indigno alguno, que libre y voluntariamente te presentas candidato a los misterios y privilegios de la hermandad?

–Lo juro –había mentido el iniciado.

–Que te remuerda, pues, la conciencia –le advirtió el maestro–, y te sobrevenga una muerte inmediata si traicionas alguna vez los secretos que te serán revelados.

En aquel momento, el iniciado no sintió miedo alguno. «Nunca descubrirán cuál es mi auténtico propósito aquí.»

Esa noche, sin embargo, le había parecido notar una aprensiva solemnidad en la Sala del Templo, y su mente comenzó a repasar todas las advertencias que había recibido durante ese viaje, todas las amenazas de las terribles consecuencias que sufriría si se le ocurriera compartir alguna vez los antiguos secretos que estaba a punto de conocer: «Me rajarán el cuello de oreja a oreja..., me arrancarán de cuajo la lengua..., extraerán e incinerarán mis entrañas..., las esparcirán a los cuatro vientos..., me extirparán el corazón y lo arrojarán al suelo para que sirva de alimento a las bestias famélicas...»

–Hermano –dijo el maestro de ojos grises mientras colocaba su mano derecha sobre el hombro del iniciado–. Haz el juramento final.

Armándose de valor para dar el último paso de su viaje, el iniciado movió su musculosa constitución y volvió su atención al cráneo que sostenía entre las palmas de las manos. El vino carmesí se veía casi negro a la tenue luz de los cirios. En la cámara se hizo un silencio mortal, y pudo sentir la mirada de todos los testigos que permanecían a la espera de que tomara su último juramento y se uniera a sus filas de élite.

«Esta noche –pensó–, dentro de estas paredes está teniendo lugar algo que nunca antes había ocurrido en la historia de esta hermandad. Ni una sola vez, en siglos.»

Él sabía que sería el detonante... y que le otorgaría un poder inconmensurable. Revigorizado, suspiró y dijo en voz alta las mismas palabras que incontables hombres habían pronunciado antes que él en países de todo el mundo.

–«Que este vino que ahora bebo se torne veneno mortífero en mis labios si alguna vez, consciente e intencionadamente, quebranto mi juramento.»

Sus palabras resonaron en la oquedad del espacio.

Luego todo quedó en silencio.

Con manos firmes, el iniciado se llevó el cráneo a la boca y sintió el seco hueso en los labios. Cerró los ojos e, inclinándola, bebió el vino a tragos largos y profundos. Cuando se hubo terminado hasta la última gota, la volvió a bajar.

Por un instante creyó sentir que se le agarrotaban los pulmones y se le aceleraba el pulso. «¡Dios mío, me han descubierto!» Luego, tan rápidamente como le había sobrevenido, esa sensación desapareció.

Una agradable calidez le recorrió el cuerpo. El iniciado soltó un suspiro, sonriendo interiormente mientras levantaba la mirada hacia el hombre de ojos grises que ingenuamente lo había admitido en las filas más secretas de esa hermandad.

«Pronto perderéis todo lo que más apreciáis.»

Capítulo 1

El ascensor Otis que sube por el pilar sur de la Torre Eiffel va repleto de turistas. Dentro de la atestada cabina, un austero hombre de negocios vestido con un traje perfectamente planchado baja la mirada hacia el chico que tiene al lado.

–Se te ve pálido, hijo. Deberías haberte quedado en la planta baja.

–Estoy bien... –contesta el chico, esforzándose por controlar su ansiedad–. Me bajaré en el siguiente piso.

«No puedo respirar.»

El hombre se inclina sobre el chico.

–Creía que a estas alturas ya lo habrías superado –y le acaricia afectuosamente la mejilla.

El chico se siente avergonzado por haber decepcionado a su padre, pero apenas puede oír nada por culpa del pitido en los oídos. «No puedo respirar. ¡He de salir de esta caja!»

El operador hace algún comentario reconfortante sobre los pistones articulados y el hierro pudelado del ascensor. A lo lejos, las calles de París se extienden en todas direcciones.

«Ya casi hemos llegado –se dice el chico mientras estira el cuello y levanta la mirada hacia la plataforma de salida–. Aguanta un poco más.»

A medida que el ascensor se va acercando al observatorio superior, el hueco empieza a estrecharse y sus enormes puntales a contraerse, formando un estrecho túnel vertical.

—Papá, no creo...

De repente resuena un estallido en *staccato*. La cabina da una sacudida y se balancea hacia un lado de un modo extraño. Los deshilachados cables comienzan a restallar sobre la cabina, golpeándola como si de serpientes se tratara. El muchacho se coge de la mano de su padre.

—¡Papá!

Ambos se quedan mirando mutuamente durante un aterrador segundo. Y de repente el suelo del ascensor desaparece bajo sus pies.

Robert Langdon se incorporó de golpe en su sillón de piel, todavía aturdido por la semiconsciente ensoñación. Iba sentado a solas en la enorme cabina de un avión privado Falcon 2000EX que en esos momentos atravesaba una turbulencia. De fondo se podía oír el zumbido uniforme de los motores duales Pratt & Whitney.

—¿Señor Langdon? —crepitó el intercomunicador—. Estamos a punto de aterrizar.

Langdon se irguió en su asiento y volvió a meter las notas de la conferencia en su bolsa de piel. Estaba repasando la simbología masónica cuando su mente había comenzado a divagar. La ensoñación sobre su fallecido padre, sospechaba Langdon, debía de estar provocada por la inesperada invitación que esa misma mañana había recibido de su antiguo mentor, Peter Solomon.

«El otro hombre a quien nunca he querido decepcionar.»

El filántropo, historiador y científico de cincuenta y ocho años había tomado a Langdon bajo su protección casi treinta años atrás, ocupando en muchos sentidos el vacío que había dejado en éste la muerte de su padre. A pesar de la influyente dinastía familiar y de la enorme fortuna de Solomon, Langdon no había encontrado más que humildad y cordialidad en sus delicados ojos grises.

Por la ventanilla, Langdon advirtió que el sol ya se había puesto, pero todavía pudo distinguir la esbelta silueta del obelisco más grande del mundo, alzándose en el horizonte como la aguja de un ancestral gnomon. Los ciento setenta metros de altura del obelisco de mármol señalaban el corazón de esa nación. Alrededor de la aguja se extendía concéntricamente la meticulosa geometría de calles y monumentos.

Incluso desde el aire, Washington emanaba un poder casi místico.

A Langdon le encantaba esa ciudad y, en cuanto el avión aterrizó, sintió una creciente excitación por lo que le esperaba esa noche. El avión se dirigió hacia una terminal privada que había en algún lugar de

la vasta extensión del Aeropuerto Internacional Dulles y finalmente se detuvo.

Langdon recogió sus cosas, dio las gracias a los pilotos y abandonó el lujoso interior del avión por la escalera desplegable. El frío aire de enero le resultó liberador.

«Respira, Robert», pensó mientras contemplaba los espacios abiertos.

Una sábana de blanca niebla cubría la pista, y al descender hacia el neblinoso asfalto, Langdon tuvo la sensación de sumergirse en un pantano.

—¡Hola! ¡Hola! —oyó que gritaba una cantarina voz con acento británico desde el otro lado de la pista—. ¿Profesor Langdon?

Levantó la mirada y vio que una mujer de mediana edad con una insignia y un portapapeles se dirigía apresuradamente hacia él, saludándolo alegremente mientras se acercaba. Unos cuantos rizos rubios sobresalían por debajo de un estiloso gorro de lana.

—¡Bien venido a Washington, señor!

Langdon sonrió.

—Gracias.

—Soy Pam, del servicio de pasajeros —la mujer hablaba con un entusiasmo que resultaba casi inquietante—. Si tiene la amabilidad de acompañarme, señor, su coche le está esperando.

Langdon la siguió por la pista en dirección a la terminal Signature, que estaba rodeada de relucientes aviones privados. «Una parada de taxis para los ricos y famosos.»

—No quiero avergonzarle, profesor —dijo la mujer con timidez—, pero usted es el Robert Langdon que escribe libros sobre símbolos y religión, ¿verdad?

Langdon vaciló y luego asintió.

—¡Lo sabía! —dijo ella, radiante—. ¡En mi grupo de lectura leímos su libro sobre lo sagrado femenino y la Iglesia! ¡Menudo escándalo! ¡Está claro que a usted le gusta alborotar el gallinero!

Él sonrió.

—Bueno, en realidad mi intención no era escandalizar.

La mujer pareció advertir que Langdon no tenía muchas ganas de hablar sobre su obra.

—Lo siento. Parloteo demasiado. Supongo que debe de estar harto de que lo reconozcan..., aunque en realidad es culpa suya —dijo mientras señalaba alegremente la ropa que él llevaba puesta—. Su uniforme lo ha delatado.

«¿Mi uniforme?» Langdon miró la ropa que llevaba puesta. Iba con su habitual jersey de cuello alto, una americana Harris de tweed, unos chinos y unos mocasines colegiales de cordobán... La indumentaria estándar para las clases, el circuito de conferencias, las fotografías de autor y los eventos sociales.

La mujer se rió.

–Esos jerséis de cuello alto que lleva están muy pasados de moda. ¡Estaría más elegante con una corbata!

«Ni hablar –pensó él–. Son pequeñas sogas.»

Langdon se había visto obligado a llevar corbata seis días a la semana cuando estudiaba en la Academia Phillips Exeter, y a pesar de que el romántico director aseguraba que su origen se remontaba a la *fascalía* de seda que llevaban los oradores romanos para calentar sus cuerdas vocales, Langdon sabía que, etimológicamente, el término «corbata» en realidad derivaba de una despiadada banda de mercenarios «croatas» que se ponían pañuelos en el cuello antes de la batalla. Hoy en día, ese antiguo atuendo de guerra lo seguían llevando los modernos guerreros de las oficinas con la esperanza de intimidar a sus enemigos en las batallas diarias del salón de juntas.

–Gracias por el consejo –dijo Langdon tras soltar una risa ahogada–. Lo tendré en cuenta en futuras ocasiones.

Afortunadamente, un hombre de aspecto profesional y vestido con un traje oscuro salió de un elegante Lincoln Town que estaba aparcado junto a la terminal y le hizo una seña.

–¿Señor Langdon? Soy Charles, del servicio de limusinas Beltway –dijo, y le abrió la puerta del asiento de pasajeros–. Buenas tardes, señor. Bien venido a Washington.

Langdon le dio una propina a Pam por su hospitalidad y luego se metió en el lujoso interior del Lincoln Town. El chófer le enseñó dónde estaban el control de temperatura, el agua embotellada y la cesta con magdalenas calientes. Unos segundos después, Langdon avanzaba a toda velocidad por una carretera de acceso restringido. «De modo que así es como vive la otra mitad.»

Mientras el chófer conducía el coche en dirección a Windsock Drive, consultó su lista de pasajeros e hizo una rápida llamada.

–Servicio de limusinas Beltway –dijo el chófer con eficiencia profesional–. Me han indicado que confirmara el aterrizaje de mi pasajero. –Hizo una pausa–. Sí, señor. Su invitado, el señor Langdon, acaba de

llegar. A las siete de la tarde estará en el edificio del Capitolio. Gracias, señor –y colgó.

Langdon no pudo evitar sonreír. «No ha dejado piedra por mover.» El detallismo de Peter Solomon era una de sus más potentes bazas, y le permitía gestionar su considerable poder con aparente facilidad. «Unos pocos miles de millones de dólares en el banco tampoco hacen ningún daño, claro está.»

Langdon se acomodó en el lujoso asiento de piel y cerró los ojos mientras el ruido del aeropuerto quedaba cada vez más lejos. El Capitolio estaba a media hora, así que aprovechó el tiempo a solas para poner en orden sus pensamientos. Todo había pasado tan de prisa que hasta ahora no se había parado a pensar seriamente en la increíble noche que le esperaba.

«Cuánto secretismo el de mi llegada», pensó Langdon, a quien la idea no dejaba de hacerle gracia.

A dieciséis kilómetros del edificio del Capitolio, una figura solitaria aguardaba con impaciencia la llegada de Robert Langdon.

Capítulo 2

Aquel que se llamaba a sí mismo Mal'akh presionó la punta de la aguja sobre su cabeza afeitada, suspirando de placer cada vez que la afilada herramienta entraba y salía de su carne. El suave zumbido del aparato eléctrico resultaba adictivo...

«Soy una obra maestra.»

La finalidad de los tatuajes nunca había sido la belleza. La finalidad era cambiar. De los escarificados sacerdotes nubios del año 2000 a. J.C. a los tatuados acólitos del culto de la Cibele en la antigua Roma, pasando por las cicatrices *moko* de los modernos maoríes, los humanos siempre se han tatuado a sí mismos con la intención de ofrecer sus cuerpos en parcial sacrificio, soportando el dolor físico del embellecimiento y sufriendo un proceso de cambio.

A pesar de las aciagas admoniciones del Levítico 19, 28, que prohibían la mutilación de la propia carne, en la actualidad los tatuajes se habían convertido en un rito de paso que compartían millones de personas: de aseados adolescentes a drogadictos empedernidos o esposas suburbanas.

El acto de tatuarse la propia piel era una transformativa declaración de poder, un anuncio al mundo: «Tengo el control de mi propia carne.» El embriagador sentimiento de control derivado de la transformación física había provocado que millones de personas se volvieran adictas a múltiples prácticas para alterar la carne: cirugía cosmética, *piercings*, cultu-

rismo, esteroides..., incluso la bulimia y el transgenerismo. «El espíritu humano anhela el dominio de su revestimiento carnal.»

Una única campanada sonó en el reloj del abuelo de Mal'akh y éste levantó la mirada. Las seis de la tarde. Tras dejar las herramientas a un lado, envolvió su desnudo cuerpo de metro noventa con una bata de seda de Kiryu y recorrió el pasillo a grandes zancadas. El aire de la amplia mansión estaba cargado con la fragancia de sus tintes para la piel y el humo de las velas de cera de abeja que utilizaba para esterilizar las agujas. El imponente joven pasó por delante de las antigüedades italianas de incalculable valor que decoraban el pasillo: un grabado de Piranesi, una silla Savonarola, una lámpara de aceite Bugarini.

Cuando llegó al ventanal no pudo evitar echar un vistazo y admirar desde la distancia el perfil clásico de los edificios de la ciudad. La luminosa cúpula del Capitolio resplandecía con solemne poder contra el oscuro cielo invernal.

«Aquí es donde está escondido –pensó–. Está enterrado ahí fuera, en algún lugar.»

Pocos hombres conocían su existencia... Y todavía menos conocían su impresionante poder o la ingeniosa forma mediante la que había sido escondido. Hasta el día de hoy seguía siendo el mayor secreto de ese país. Los pocos que conocían la verdad la mantenían oculta bajo un velo de símbolos, leyendas y alegorías.

«Y ahora me han abierto sus puertas», pensó Mal'akh.

Tres semanas atrás, en un oscuro ritual que contó con la presencia de los hombres más influyentes de Norteamérica, Mal'akh había ascendido al trigésimo tercer grado, el escalón más elevado de la hermandad en activo más antigua del mundo. A pesar de su nuevo rango, los otros hermanos no le habían contado nada. «Ni lo harán», lo sabía. No era así como funcionaba la cosa. Había círculos dentro de círculos..., hermandades dentro de hermandades. Aunque se pasara años esperando, puede que Mal'akh nunca llegara a ganarse del todo su confianza.

Afortunadamente no necesitaba su confianza para obtener su secreto más profundo.

«Mi iniciación ha servido a su propósito.»

Ahora, revigorizado por lo que le esperaba esa noche, se dirigió a grandes zancadas a su habitación. Por toda la casa se oía la inquietante música que emitían los altavoces: una rara grabación de un castrato cantando el *Lux aeterna* del Réquiem de Verdi, recordatorio de una vida

anterior. Mal'akh cogió el mando a distancia y puso el atronador *Dies irae*. Luego, mientras de fondo retumbaban los timbales y las quintas paralelas, subió por la escalera de mármol, haciendo que la bata ondeara con el movimiento de sus fibrosas piernas.

El estómago vacío de Mal'akh gruñó a modo de protesta. Llevaba dos días en ayunas, consumiendo únicamente agua, preparando su cuerpo tal y como se hacía antiguamente. «Satisfarás tu hambre al amanecer –se recordó a sí mismo–. A la vez que tu dolor.»

Mal'akh entró con reverencia en el santuario de su habitación y cerró la puerta tras de sí. De camino al vestidor se detuvo un momento, sintiéndose atraído por el enorme espejo dorado. Incapaz de resistirse, se volvió y miró su propio reflejo. Lentamente, como si desenvolviera un regalo de incalculable valor, Mal'akh abrió la bata, revelando su desnudez. La imagen lo sobrecogió.

«Soy una obra maestra.»

Su corpulento cuerpo estaba completamente afeitado. Mal'akh bajó la mirada primero a sus pies, que llevaba tatuados con las escamas y las garras de un halcón. Más arriba, sus musculosas piernas estaban tatuadas como si fueran dos pilares grabados (la izquierda en espiral, la derecha con estrías verticales). «Boaz y Jachin.» Caderas y abdomen formaban un decorado arco y, por encima de éste, adornaba su poderoso pecho un fénix bicéfalo..., con ambas cabezas de perfil y el ojo visible de éstas formado por cada uno de los pezones de Mal'akh. Los hombros, el cuello, la cara y el cuero cabelludo estaban completamente cubiertos con un intrincado tapiz de símbolos y sellos ancestrales.

«Soy una obra de arte..., un icono en evolución.»

Dieciocho horas antes, un hombre mortal había visto desnudo a Mal'akh. Aterrorizado, el hombre había exclamado:

–¡Oh, Dios mío, eres un demonio!

–Si así es cómo me percibes... –había contestado Mal'akh, quien, como los antiguos, consideraba ángeles y demonios la misma cosa, arquetipos intercambiables, una simple cuestión de polaridad: el ángel guardián que vencía la batalla a tu enemigo éste lo percibía como un demonio destructor.

Mal'akh bajó la cabeza y contempló el reflejo oblicuo del centro de su cuero cabelludo. Ahí, dentro de la aureola que lo coronaba, relucía un pequeño círculo de carne pálida sin tatuar. Ese lienzo cuidadosamente protegido era la única piel virgen que le quedaba. El espacio secreto ha-

bía esperado pacientemente... y esa noche sería por fin completado. Aunque todavía no poseía lo que necesitaba para ultimar su obra maestra, Mal'akh sabía que quedaba muy poco para el gran momento.

Excitado ante esa idea, le pareció sentir que ya crecía su poder. Se volvió a abrochar la bata y se dirigió hacia el ventanal para volver a mirar la mística ciudad que tenía ante sí. «Está enterrado ahí fuera, en algún lugar.»

Centrándose de nuevo en la tarea que tenía entre manos, Mal'akh se acercó al tocador y se aplicó cuidadosamente una base de maquillaje corrector en cara, cuero cabelludo y cuello, hasta que sus tatuajes fueron completamente invisibles. Luego se puso las prendas de ropa y los demás objetos que había preparado meticulosamente para esa noche. Cuando hubo terminado comprobó su aspecto en el espejo. Satisfecho, se pasó la palma por el suave cuero cabelludo y sonrió.

«Está ahí fuera –pensó–. Y esta noche, un hombre me ayudará a encontrarlo.»

Mientras salía de casa, Mal'akh se preparó para el acontecimiento que pronto haría temblar el Capitolio. Había pasado por muchas cosas hasta conseguir que esa noche todas las piezas estuvieran en su lugar.

Y ahora, por fin, el último peón había entrado en juego.